

ner un hijo. Las dos mujeres se abrazan y comparten su fe, uniéndose ambas en un himno de acción de gracias y de alabanza al Señor: el *Magnificat*.

En todas estas escenas aparece María como la creyente. Y creyente significa orar, compartir la fe y comprometerse en el servicio del prójimo. Éste es el resumen de la vida espiritual del marianista.

#### 2.4.4. *Una joven contemplativa*

En el evangelio de San Lucas se nos presenta a María como una joven con un talante meditativo (cfr. 1,29; 2,19; 2,51). María reflexiona sobre el alcance de lo que le está sucediendo. Los hechos que le acontecen y las palabras que se le dicen son el tema de su meditación constante. Con sus experiencias personales y con las palabras del Señor trataba de asimilar los misterios del plan de Dios y los guardaba en su corazón. Hacía una meditación de fe, admiraba, adoraba, se comprometía totalmente. En este sentido, María es modelo de una comunidad que reza; representa el ideal de toda asimilación personal del inagotable misterio de nuestra fe.

Cuando el evangelio dice que conservaba todo esto en su corazón, alude a la acción de guardar, de poner en salvo un tesoro precioso. Sin querer, se piensa en una caja de caudales; el corazón de María guarda ese tesoro de sus experiencias de Dios y de la Palabra que recibe. Pero el corazón es también el símbolo del principio dinámico de la persona y de la vida. Guardar en el corazón significa también convertir ese misterio de fe en principio de vida y de acción.

Esta misma actitud de atención a la Palabra y a las experiencias de la acción de Dios es también característica del espíritu marianista.

#### 2.4.5. *Una joven pobre*

El canto del Magnificat es el canto de un pobre bíblico, que permanece siempre abierto a Dios, convencido íntimamente de

la necesidad radical que tiene todo ser humano de la ayuda de Dios. El Magnificat es un testimonio de la fuerza divina, que transforma la historia. Ha transformado a María, ha hecho grandes cosas en Ella. La fuerza transformadora de Dios cambia las situaciones de la historia: *Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.* La espiritualidad del Magnificat es la espiritualidad de las Bienaventuranzas, la espiritualidad de los pobres que ponen toda su confianza en Dios.

En su canto, María, la sierva del Señor, se manifiesta en solidaridad con todos los pobres, entra en comunión con todos los pequeños y los humildes, con todos los que nada cuentan a los ojos de los hombres. Por eso queda proclamada con tanta fuerza la misericordia del Señor.

Pero esta identificación de María con los pobres no es sólo un cántico espiritual vivido en momentos de oración. María ha vivido en situaciones de angustiosa pobreza que son todavía hoy las situaciones típicas de los pobres. Recorriendo sencillamente la Palabra de Dios, se pueden descubrir algunos ejemplos:

— El problema de los viajes incómodos y fatigosos. María está a punto de dar a luz y tiene que trasladarse desde Nazaret de Galilea a Belén de Judea (cfr. Lucas 2,3-5).

— El problema de los sin techo, el problema de la vivienda en circunstancias de extrema angustia. Cuando le llega el tiempo del parto, no hay sitio para Ella en la posada y tiene que recurrir a la solución de tantos pobres de hoy: irse a una cueva (cfr. Lucas 2,7).

— El problema de la emigración. José tiene que emprender un viaje al extranjero con María y el niño, muy pequeño todavía (cfr. Mateo 2,13). María vive todas las incomodidades de los emigrantes pobres de hoy: otro país, una lengua desconocida, otras costumbres, otra religión, la necesidad de un trabajo.

— El problema de los padres que ven despegarse de la familia a los hijos. El episodio del niño perdido y hallado en el templo (cfr. Lucas 2,41-52) está aludiendo con gran delicadeza a ese problema profundamente humano de la rotura que se produce en toda familia: llega un día en que los hijos dejan de ser

la continuación de los padres y buscan su propio camino por la vida.

— El problema de la violencia. María ha tenido que soportar toda la injusticia de la muerte violenta de su Hijo. ¡Cuántas familias sufren hoy esta violencia! Y encontramos a María junto a la cruz, junto al injustamente ajusticiado, en comunión íntima con Él (Juan 19,25).

La experiencia de la pobreza fue una realidad presente en la vida de María. Fe y pobreza la fueron configurando espiritualmente. Fe y pobreza deben configurar también el espíritu marianista.

Pero María vivió su pobreza con un gran espíritu de servicio y de hospitalidad. En abierto contraste con el trato inhospitalario que soportó, recibe a los pastores en su cueva (cfr. Lucas 2, 16) y comparte con ellos su pobreza (la cueva) y su riqueza (Jesús). Con el mismo espíritu de acogida recibe después a los Magos en su casa (cfr. Mateo, 2,11).

#### 2.4.6. *Una Madre, llena de confianza, que comunica fe*

El espíritu acogedor de María, sensible a toda necesidad humana, le hace descubrir el apuro que iban a tener los jóvenes esposos de las bodas de Caná (Juan 2,1-11). Este pasaje evangélico tiene también una gran importancia en la espiritualidad del Padre Chaminade. Trataré de presentarlo para poder comprender mejor la perspectiva espiritual que encontraba en él.

Entre los judíos, las bodas se celebraban con solemnidad. La fiesta duraba generalmente una semana. El evangelista dice que la Madre de Jesús estaba allí cuando Jesús y sus discípulos fueron también invitados. Quizá llegaron cuando la fiesta ya había comenzado y quizá este grupo retrasado ocasionó el problema de la falta de vino. María se da cuenta de lo que va a suceder y en seguida se pone en el lugar de los dos jóvenes esposos y comprende el bochorno que van a llevarse. Y lo dice a su Hijo: *No tienen vino*. El detalle material de la falta de vino no es lo que preocupa a María; por eso, no dice: «No va a haber vino», sino

«ellos no tienen vino». Lo que lleva en su corazón es el apuro de las personas.

María expone la necesidad al Hijo y confía plenamente en Él. María es siempre una palabra de esperanza y confianza. A pesar de la reacción de Jesús que parece un rechazo, María mantiene inquebrantable su confianza en Él y se dirige a los criados con estas palabras: *Haced lo que Él diga*. Aquí hay que reflexionar un momento para descubrir la calidad de la fe de María y la eficacia de su acción con los criados. Jesús en aquel momento era un desconocido; nunca hay que olvidar que éste va a ser su primer milagro. No tenía ninguna fama y quizá fue el causante —como ya he dicho— del problema de la falta de vino. Los criados de la boda no tenían absolutamente ninguna razón humana para fiarse de Él y obedecerle. Además las órdenes que dio Jesús fueron más que desconcertantes: *Llenad las tinajas de agua, Sacad ahora y llevádselo al mayordomo*. ¿Qué tenía esto que ver con el problema de la falta de vino? ¿Por qué obedecieron a aquel desconocido en una cosa verdaderamente fatigosa y cuya urgencia no se veía por ningún lado: acarrear unos seiscientos litros de agua para llenar unas tinajas? Y, sin embargo, el evangelio dice que *las llenaron hasta arriba*. Los criados obedecieron sin rechistar. Después de la segunda orden de Jesús, *sacad ahora y llevádselo al mayordomo*, dice el evangelio: *ellos se lo llevaron*. Obedecieron, pues, a Jesús con toda diligencia y confianza. ¿Quién les transmitió esa fe en Jesucristo? Sin ninguna duda, María. Por eso, la consigna que dio a los criados fue ésta: «Sea cual fuera lo que os diga, hacedlo». María está formando aquí en los criados una actitud profunda de fe en Jesucristo. Está forjando esa disponibilidad total a lo que diga Jesús, aunque parezca desconcertante; está preparando a la obediencia confiada y diligente a todo lo que Jesús diga. Se debe creer en Jesucristo, se debe polarizar toda la existencia en torno a esa persona divina. Ésta es la acción de María y ésta es también la acción de la Iglesia. Una vez más, aparece María como figura de la Iglesia, que lleva a los hombres a la fe en Jesucristo.

Así podemos comprender mejor el alcance y el contenido de la consigna que el P. Chaminade daba. Tomando las palabras de María a los siervos de Caná, exhortaba constantemente a

todos los marianistas: *Haced lo que Él os diga*. Más adelante veremos las consecuencias que tiene esta consigna para el apostolado marianista. Por ahora, baste haber considerado el espíritu de la acción de María, porque con ese mismo espíritu debemos actuar los marianistas.

#### 2.4.7. *Madre de los cristianos y Madre de la Iglesia*

María recibe un hijo en la virginidad, como don de Dios. Dios se entrega personalmente a Ella como Hijo. Pero tiene que vivir esa maternidad de una forma oblativa: ese Hijo es para la salvación del mundo, *para las cosas de su Padre* (cfr. Lucas 2,49). Vive, pues, esa maternidad en el misterio de la oblación y del desprendimiento, presentándolo en el templo (Lucas 2,22), preparándose a que una *espada le atravesase el alma* (cfr. Lucas 2,35) y sobre todo, uniéndose al sacrificio de Jesús en la cruz para la salvación del mundo (cfr. Juan 19,25). Allí se confirma en algo, que desde su fe ya estaba intuyendo: va a ser Madre, como la Iglesia, de todos los cristianos.

Y empieza a realizar con su presencia discreta de Madre en la primitiva Iglesia su misión formadora (cfr. Hechos de los Apóstoles 1,14). Dicen los Hechos: *Perseverando en la oración y en un mismo espíritu*. Ese espíritu de María lo compartía la primitiva comunidad de Jerusalén.

Recordemos una vez más que la primitiva comunidad de Jerusalén es el modelo de toda comunidad marianista. Recordemos una vez más que *el espíritu de todo grupo marianista es el espíritu de María; esto explica todo*.

### 3. *El hombre que vive de la fe*<sup>5</sup>

A lo largo de todo este libro hemos visto repetidas veces que el P. Chaminade fue un hombre de fe y que concibió un proyecto misionero para recristianizar Francia y el mundo. Lo

primero que necesitaba eran hombres de fe, como los primeros cristianos; hombres de fe, como María. El espíritu marianista exige, ante todo, vivir de la fe. El P. Chaminade repetía machaconamente, como consigna, la expresión tomada de la Sagrada Escritura: *El justo vive de la fe* (cfr. Habacuc 2,4; Romanos 1,17; Gálatas 3,11; Hebreos 10,38). Para el P. Chaminade, todo marianista debía vivir de la fe.

Para llegar a formar ese hombre que vive de la fe en cada uno de nosotros he aquí lo que nos propone hoy el mensaje basado en las enseñanzas del P. Chaminade:

- 3.1. Intrepidez en el arranque.
- 3.2. Para vivir de la fe, un medio indispensable: la meditación de fe.
- 3.3. Para hacer meditación de fe, un entrenamiento ascético.

### *3.1. Intrepidez en el arranque*

Ya he hecho alusión al proceso de conversión de los primeros cristianos. Todo marianista necesita esa decisión personal radical. Uno no se hace hombre de fe de la noche a la mañana. Llegar a ser un hombre que vive de la fe supone una gran exigencia. Por eso, es necesario arrancar con intrepidez. Siempre hará falta empeño y constancia. Pero cuando un hombre ha sido llevado por María a Jesucristo, puede confiar en la acción del Espíritu Santo.

Hay que considerar lo que queremos lograr: que la fe sea el principio que estructura nuestra personalidad y dé cohesión y coherencia a la totalidad de nuestra vida. Para ello todo el contenido de la fe deberá estar asimilado no sólo en la mente, sino sobre todo en el corazón. Esto no se consigue así como así. Que todo el núcleo afectivo de mi personalidad esté empapado de fe, que me gusten todos los misterios de la fe, que los lleve muy dentro de mí y que no actúe más que por motivos de fe, supone un entrenamiento perseverante y tenaz. Personalizar la fe todos los días es el meollo de ese entrenamiento. Por eso, el P. Chami-

nade era categórico en su exigencia: para vivir el espíritu marianista es preciso hacer diariamente un tiempo de meditación de fe. El que no esté decidido desde el primer momento a ello nunca será marianista. Nunca tendrá una personalidad que pueda llamarse marianista. Hace falta mucha decisión en el arranque y en los principios.

### *3.2. Para vivir de la fe, un medio indispensable: la meditación de fe*

En realidad, lo que se intenta con la meditación de fe es sanar todo el hombre, llegar al hombre nuevo, según la imagen de Dios. Un hombre nuevo es el que está bien establecido en la fe, el que se encuentra a gusto en la fe; por eso se mantiene imperturbable ante todas las dificultades, pruebas o tentaciones. Es fiel a Jesucristo hasta el martirio. Es fiel a Jesucristo cada día y en cada momento.

El secreto de la fidelidad estriba en comprender que toda la persona debe comprometerse, ser polarizada por Jesucristo. El Padre Chaminade hablaba de la fe de corazón porque para él la fe no es solamente una adhesión intelectual a un credo. Es mucho más; es haber hecho personales, íntimos, entrañables todos los misterios de nuestra fe. Es tenerlos en el corazón.

El P. Chaminade consideraba la fe, primero, como una luz nueva, que nos hace descubrir horizontes nuevos. Nos hace descubrir quién es Dios y quién soy yo; y todavía más: me irá haciendo descubrir cómo me quiere Dios. Sólo así llegaré a ser esa persona que Dios quiere, tendré la personalidad debida. La contemplación de los misterios de nuestra fe me irá dando una escala evangélica de valores, convertirá mis juicios y criterios en juicios y criterios verdaderamente cristianos. Voy a poner un ejemplo muy claro. ¿Cómo enjuicio yo la pobreza, la humillación y el sufrimiento? Quizá con repugnancia o rechazo; no los acepto. Si hago una meditación seria sobre la Pasión de Jesucristo y veo, en la fe, que todo eso que rehúyo o no acepto ha fecundado la Resurrección, ¿no se modifican mis reacciones hu-

manas sobre estas realidades? ¿No cambian algo mis criterios? Ese misterio de la Pasión de Jesucristo ha entrado en mi corazón y ha empezado a modificar mi manera de enjuiciar ciertas cosas. Así irá sucediendo poco a poco con todos los misterios que vaya meditando. Constantemente iré haciendo más cristiana mi manera de juzgar todo: personas, acontecimientos, experiencias personales. Con la luz de la fe empiezo a pensar como pensaba Jesucristo. La luz de la fe me hace mirar con la mirada de Dios.

Pero la fe es además, según el P. Chaminade, un afecto nuevo que germina en nuestro corazón. La fe no debe quedarse en la mente. La fe es un don de Dios que desciende hasta el corazón y hace brotar un gusto nuevo por las cosas de Dios, por el reino de Dios. A medida que se asimilan la escala evangélica de valores y los juicios y criterios de Jesucristo, nuestro corazón se va purificando de sus apegos demasiado humanos, de sus miedos y de sus egoísmos. Cada misterio de nuestra fe tiene su valor propio de purificación, enseñaba el P. Chaminade. Si yo medito en Dios como Padre nuestro me tengo que convencer de esta realidad e intentar que mi relación con Dios sea una relación filial. Al intentar establecer esa cordialidad con Dios, mi corazón tendrá que limpiarse. Cuando se vive en un ambiente de fe y se ha asimilado la fe hasta el corazón, cuando al mismo tiempo se ha ido limpiando de todo lo que no es Dios, de todo lo que no es el plan de Dios, entonces empezará uno a encontrarse a gusto en la fe. Con el corazón así limpio de egoísmos, de rescoldos y de deseos inconfensables será uno siempre acogedor, servicial, se pondrá en el lugar de los demás y los comprenderá mejor, se sacrificará más por el bien del prójimo, compartirá con mayor gozo lo que es y lo que tiene, y comunicará con valor la fe, de la que está lleno su corazón. La fe, como afecto o impulso sobrenatural, lleva a someterse activa y totalmente al plan de Dios.

Alguno podrá decir: ¿pero cómo se hace en la práctica una meditación de fe? Hay muchos modos o métodos que pueden ayudar a ello. Es también una cuestión de experiencia; hay que lanzarse y empezar. Después, el consejo de una persona experimentada en la oración puede orientar, animar y guiar. Ahora

me limitaré a indicar aquí tan sólo algunas de las ideas más queridas del P. Chaminade.

Hay que empezar la oración, poniéndose en condiciones de orar. Esto exige, en realidad, toda una preparación lejana, que consiste en llevar una vida coherente con la fe, y una preparación próxima, que consiste en determinar el misterio o tema que quiero meditar. Hay que escoger el momento y el lugar apropiados para la oración. Y hay que entrar en ella con un valiente y al mismo tiempo apacible acto de fe en la presencia de Dios. Con mucha serenidad, sin tensiones pero con decisión, tengo que llegar a convencerme de que Dios está presente, de que yo estoy inmerso en Dios, de que Dios está en mí. Aunque toda mi oración no fuera más que este intento prolongado y sereno de estar en la presencia de Dios, sería ya una bellísima oración de fe.

Después, el P. Chaminade ofrece, entre otras posibilidades, este pequeño método. Recitar muy despacio, paladeando cada frase, el Credo. Ahí están los misterios de la fe que tengo que asimilar. Los iré considerando uno después del otro, los tengo que hacer míos. Una vez que haya recitado todo el Credo así, empezaré de nuevo, y mientras esté ocupado con el primer misterio de la fe no pasaré al segundo. Estar ocupado significa no solamente estar pensando, sino también estar con un sencillo afecto de amor a Dios o al prójimo, o con un sentimiento de humildad o de confianza o de agradecimiento. Estar ocupado significa empezar a descubrir que no vivo prácticamente en coherencia con ese misterio de la fe. Estar ocupado significa ver que en mi corazón hay raíces que no están de acuerdo con este misterio y las tengo que arrancar. Estar ocupado significa hablar sencillamente con Dios sobre lo que tengo que cambiar o sobre lo que voy a hacer. Estar ocupado significa rezar por otras personas que yo quisiera que vivieran mejor este misterio en sus vidas. El principio del Credo, *Creo en Dios Padre*, puede dar origen a todo esto que acabo de indicar. Cuando me agoto en este misterio paso al siguiente, *Creador del cielo y de la tierra*; y mientras esté ocupado con él no pasaré al siguiente. Y así sucesivamente. Las primeras veces pasarán estos misterios quizá con cierta fluidez, uno después de otro. Pero con el tiempo se podrá

ver que basta uno o dos para llenar el tiempo de mi oración. Este método que acabo de exponer tan esquemáticamente lo llamaba el P. Chaminade *Método de meditación sobre el Credo*. La ventaja que tiene es que así se llegan verdaderamente a asimilar todos los misterios de nuestra fe.

Ni que decir tiene que, en vez del Credo, se puede emplear el Nuevo Testamento e ir meditando sus diversos pasajes con el mismo sistema. Lo importante es que no nos quedemos en un discurrir solamente. El fin de la meditación no es llegar a enriquecer nuestras ideas, sino a cambiar nuestro corazón. Por eso una meditación en que sólo estamos produciendo ideas, aun con mucha intensidad y fecundidad, siempre será una meditación embrionaria. Lo importante es que broten efectos o sentimientos limpios y nuevos en nuestro corazón: admiración, alabanza, adoración, generosidad, grandeza de ánimo, deseo de reconciliación, entrega a los demás, ganas de rezar y de hacer más por el prójimo, etc. Esto es lo que cambia el corazón y la vida. Uno tan sólo de estos afectos sentido con pureza y profundidad durante todo el tiempo de la meditación constituiría de por sí una magnífica oración. En cambio, toda una serie de razonamientos agudos, llenos de lógica y de penetración, quizá me produciría un secreto contento de mí mismo y esto sería una triste oración. En una palabra, de la meditación hay que salir no tanto con más ideas, sino con un corazón transformado. El fruto de la meditación de fe, según el P. Chaminade, es la conversión de toda la persona.

Si la persona está convertida, no actuará más que por motivos de fe. Por eso, en la meditación de fe, tengo que integrar fe y vida; tengo que encontrarme a mí mismo encontrando lo que Dios quiere de mí. Así es como se llega a una personalidad cristiana consistente: ser alguien, con entidad; no ser un fante, ni un débil, ni un zarandeado. Debo saber cómo me quiere Dios y cómo me necesitan los demás.

Por eso llevo mi vida a la oración para contrastarla siempre con los criterios de fe. ¿Cuáles son los motivos secretos de mis acciones, omisiones o reacciones? Tengo que descubrirlos ante la mirada de Dios. ¿Cómo los mira Dios que conoce lo más secreto de mi corazón? Habrá que purificar sin miedo. Llevaré también

mi oración a la vida. Resultado de la oración de fe es quedarse siempre en la presencia de Dios, caminar con Él toda la vida, con un Dios lleno de amor y de ternura hacia mí y hacia todas las personas que encuentro en mi vida. Mirar, con la mirada de Dios, personas y acontecimientos, proyectos, aspiraciones, ofertas, deseos, etc., y no actuar más que por motivos de fe. Esta consigna es exigentísima. ¡Cuántas acciones nuestras están motivadas secretamente por el miedo, el respeto humano, el egoísmo, la comodidad, el orgullo, la ambición y tantos otros motivos! ¿Dónde está la fe? ¿Muy superficialmente en una adhesión meramente de principios y muy intelectual a un Credo? Si la fe no ha llegado hasta el corazón, jamás seré un *hombre que vive de la fe*. Hay que preguntarse sin descanso: ¿por qué compro tal cosa?, ¿por qué quiero llegar a tal objetivo?, ¿por qué no me gusta tratar con tal persona?... ¿Dónde está mi fe? Este trabajo de integrar fe y vida es tarea de toda una vida.

### 3.3. *Para hacer meditación de fe, un entrenamiento ascético*

El P. Chaminade ha enseñado siempre que la meditación sólo es posible cuando se da un trabajo simultáneo de entrenamiento ascético. Esto es hoy aún más urgente, porque nos encontramos sumergidos en una civilización de bombardeos constantes de imágenes, propaganda y erotización ambiental; nuestra sociedad de consumo nos lleva a poseer y a crearnos necesidades completamente «innecesarias» (valga la contradicción); la prisa desmesurada y los afanes de este mundo nos pueden descontrolar fácilmente. En medio de todo esto es imprescindible seguir un programa personal que nos libere de ataduras y apegos, que nos serene interiormente y que nos vaya llegando a la semejanza con Jesucristo. Este programa personal supone ejercicio y práctica diaria bien orientada.

El P. Chaminade nos ha dejado un método práctico para formarnos gradualmente en las disposiciones y en las actitudes de Jesucristo. En esto, como en todo en la vida espiritual, se necesita la ayuda de una persona prudente y experimentada que nos guíe y oriente en nuestro caminar. El método práctico del

Padre Chaminade se llama tradicionalmente *sistema de virtudes*<sup>6</sup>. Su finalidad tiende a revestirnos de Jesucristo; es decir, del hombre nuevo, desprendiéndonos constantemente del hombre viejo que hay en cada uno de nosotros.

No pretendo hacer aquí una descripción técnica de este sistema de virtudes. Nos llevaría muy lejos porque su exposición requeriría muchas explicaciones. Me limitaré a algunas sugerencias que puedan hacer vislumbrar los numerosos campos en que podemos trabajar para cambiarnos en cristianos, a semejanza de Jesucristo, que es lo que quiere decir «cristianos».

Es importantísimo que nos demos cuenta de que no podremos nunca hacer meditación si no logramos hacer silencio fácilmente en nosotros mismos, si no podemos controlar nuestra imaginación, si no logramos un señorío de nuestras apetencias y pasiones. Uno que llega desbocado y alborotado a la meditación nunca hará nada de provecho. El que está extrovertido todo el día tampoco puede hacer meditación de fe. Hay que seguir toda una serie de ejercicios de silencio, de dominio de la imaginación y de las pasiones, de recogimiento y de atención interior a lo que el Espíritu de Dios nos está indicando o sugiriendo durante nuestra jornada. El que jamás se acuerda de Dios durante el día no puede hacer meditación. Si comienza a meditar, tiene que comenzar a practicar estos ejercicios de ascesis y dominio de sí mismo. Llevando las dos cosas de frente puede avanzar en la semejanza con Cristo.

Este entrenamiento inicial abrirá camino para ahondar más y descubrir las propias debilidades, las amargas raíces del mal que hay en nuestro corazón y las propias limitaciones. Al emprender una tarea de limpieza y de superación necesitamos más que nunca el consejo y la ayuda de un director espiritual. También la meditación cotidiana irá revelando cómo soy y qué debo cambiar y superar. Me deberá sostener siempre un ánimo paciente y perseverante, pese a todas las dificultades y caídas. Alguien me tendrá que ayudar a levantarme y a reemprender este entrenamiento ascético. En mi progreso, tengo que llegar hasta una lucha a muerte contra toda atracción al mal que pueda entrever en mí mismo o en el exterior.

A medida que avance, me iré dando cuenta de que se abren

nuevos horizontes en el crecimiento de mi amor a Dios y en mi entrega al servicio del prójimo. En los inicios de la vida espiritual, es muy difícil ver las sutilezas de mi egoísmo. Se requieren muchas horas de fidelidad para descubrirlas. Sólo así se podrán ir arrancando todas las adherencias del egoísmo e ir desprendiéndome de todo bien mundano e inútil. Conseguir la liberación total y una entrega completa al amor de Dios y del prójimo es tarea de toda una vida. Llegamos así a la misma conclusión que en la meditación de fe. Porque meditación y trabajo ascético deben ir simultáneos y completarse mutuamente.

La espiritualidad marianista no sólo nos exige vivir personalmente de la fe, sino compartir también nuestra fe. Esto lo llevamos a cabo en la comunidad. Pero tampoco la espiritualidad marianista se limita a exigirnos el vivir personalmente de la fe y el compartirla en comunidad, sino que nos impulsa constantemente a comunicar nuestra fe. Cada uno de nosotros es un misionero y cada comunidad es una misión permanente. Por esto esta exposición sobre la vida de la fe se debe completar necesariamente con los otros dos componentes del espíritu marianista: comunidad y misión apostólica. Ahora mismo los voy a tratar.

#### 4. *El espíritu comunitario*

¿Cómo fue la primitiva comunidad de Jerusalén? ¿Cómo eran las asambleas de los primeros cristianos? Sabemos que así deben ser las comunidades de los marianistas, según el pensamiento del P. Chaminade. Para contestar a estas preguntas nada mejor que inspirarse en lo que narran los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles<sup>7</sup>. Ahí están siempre las raíces del espíritu marianista.

Voy a tratar estos tres puntos:

4.1. La vida de la primitiva Iglesia y la nuestra.